

Opinión

Un gasto creciente insostenible



José María Rotellar

Desgraciadamente, parece que el mundo ha vuelto a girar hacia posiciones de gasto público expansivo, fuertemente intervencionistas, si es que alguna vez ha abandonado dicha posición. Porque ha habido destellos de liberalismo clásico económico, si, especialmente a través de las rebajas de impuestos y la eliminación de trabas en la economía, como llevaron a cabo el presidente Reagan en Estados Unidos, la primera ministra Thatcher en Reino Unido o, en España, el presidente Aznar, pero incluso en sus mandatos, por uno u otro motivo, no dejó de haber partidas importantes para el gasto público, aunque fuese por circunstancias extraordinarias. Si bien, bajo el mandato de Aznar se logró reducir casi 6 puntos el peso del gasto público sobre el PIB en España (del 44,10% de 1995 al 38,40% en 2003, último año completo de su mandato).

Ahora, tras la política fiscal expansiva por el lado del gasto aplicada por la casi totalidad de economías mundiales debido a la pandemia, la mayor parte de ellas quiere intensificar dicho gasto público. Estados Unidos aprobó recientemente un proyecto de ley de importantísimo incremento de gasto, al tiempo que la Unión Europea mantiene sin efecto el cumplimiento de las reglas fiscales, que equivale a que puede haber un incremento profundo del gasto, que, de convertirse en estructural, puede generar graves desequilibrios en la economía. En España no sólo no es diferente, sino que el gasto se incentiva con más entusiasmo desde todas las Administraciones Públicas. El ansia por gastar, por tratar de ofrecer más y más servicios, por inventarse múltiples actuaciones, está disparando los Presupuestos del sector

público hasta límites insostenibles. Tantos años después –y tantos fracasos del intervencionismo público– los principales dirigentes políticos se empeñan en perseverar en ese error.

Por ese camino va el mundo, desgraciadamente, pues no se dan cuenta, por una parte, de la visión cortoplacista de su actuación, ya que, si se trata de que el sector público cubra todo, terminará estallando más pronto que tarde, con lo que los recortes que entonces habrá que acometer serán mucho mayores, pues el incremento confiscatorio de los impuestos habrá arruinado la economía y el nivel de crecimiento exponencial de la deuda, además de haber expulsado a buena parte de la iniciativa privada, será insostenible.

Nadie pone en duda, insisto, la necesidad de acometer actuaciones en el corto plazo para combatir los efectos económicos de la pandemia –especialmente cuando es de justicia compensar a quienes el Estado ha arruinado al decretar la prohibición para realizar su actividad económica y empresarial–, pero han de ser muy momentáneos y, por tanto, no deben generar gasto estructural. Es cierto

que la Unión Europea insiste en ello y en el regreso a la senda de estabilidad una vez finalice este período excepcional, pero parece no darse cuenta de que algunos de sus Estados miembro están aprovechando dicha suspensión para aplicar políticas fiscales que incrementan el gasto público de manera estructural, como es el caso de España. Deberían tenerlo en cuenta antes de llevar a cabo una expansión tan importante del gasto, asegurándose de que los fondos europeos que reciba cada país vayan a inversiones que generen, en el medio y largo plazo, inversión que haga sostenible la economía por sí misma, no artificialmente con el gasto público. Sin embargo, ese riesgo existe, apoyado en una política monetaria tremendamente expansiva que aporta también una parte importante de la anestesia a la situación, al no impactar mucho en la actualidad en el gasto financiero por

intereses de la deuda, pero que será una bomba de relojería en cuanto se vuelva a niveles ortodoxos de política monetaria.

No se puede generar más gasto, y menos estructural, porque la economía española no soporta mucho más endeudamiento, pese al paraguas de la zona euro y del BCE, que, obviamente, no iban a dejar que España colapsase. Pero si España se endeudase tanto que pudiera suponer un riesgo para la estabilidad del euro, no dudarían en intervenirla e imponerle recortes muy duros, los cuales se pueden evitar si quienes gobiernan son responsables y sensatos.

Sostenibilidad en peligro

Si estuviese en la posición de quienes administran el dinero del contribuyente, y después de haber atendido todas las necesidades extraordinarias de esta pandemia me sobrase un remanente, cerraría el ejercicio con superávit, amortizaría deuda y diseñaría unos Presupuestos austeros, que redujesen el gasto extraordinario que hubo que movilizar en los meses duros de la enfermedad, en lugar de dejar que se consolidasen de

manera estructural. Es cierto que al dirigente que haga esto pueden criticarlo políticamente en el corto plazo, pero, insisto, más vale recibir esa crítica política momentánea y hacer las cosas bien, que tratar de evitar la crítica ahora, que, en cualquier caso, llegará, y ser parte de la generación de un problema de deuda mucho mayor que ponga en peligro la sostenibilidad de las cuentas públicas y la financiación de los servicios esenciales que si que hay que preservar.

España debe iniciar, a todos los niveles, un exhaustivo programa de ajustes dirigido por el diseño de una austeridad inteligente, que si la hacemos nosotros podrá permitir equilibrar las cuentas, crecer con fuerza, recuperar el empleo y salvar gastos esenciales, como las pensiones. Pero sí, por no hacer las cosas bien y seguir aumentando el gasto, déficit y deuda, tiene que ser la Comisión Europea la que diga dónde ajustar, entonces sí que habrá recortes duros, por ser todavía peor la situación, en elementos muy sensibles.

No podemos gastarnos lo que no tenemos porque, al hacerlo, estaremos comprometiendo nuestra prosperidad, nuestro futuro, nuestra fortaleza como economía: esa responsabilidad debería imponerse entre los políticos. Por su parte, la sociedad debería entender definitivamente que nada es gratis, que cada vez que un político anuncia un gasto, está anunciando, simultáneamente, más deuda y mayores impuestos, y que no podemos seguir viviendo por encima de nuestras posibilidades, o pasaremos, sino se corrige, a vivir mucho peor.

Sólo asumir el gasto necesario, nada estructural adicional, eliminar trabas, no subir los impuestos y llevar a cabo un control riguroso para que no se gaste ni un céntimo más de lo que se necesite. Eso es lo que hay que hacer si queremos mantener nuestra economía a flote en el medio y largo plazo.

Profesor en UVF

España debe iniciar un exhaustivo plan de ajuste con el diseño de una austeridad inteligente

